
El papel de la pedagogía en la formación de docentes

*Humberto Quiceno C., Ph.D**

Recibido: Enero 21 de 2009

Aceptado: Marzo 30 de 2009

The role of pedagogy in teacher training

Resumen

Debemos, antes que todo, precisar qué entendemos por pedagogía y por formación docente. La pedagogía es una noción que tiene una larga historia. Aparece por primera vez en Grecia, bajo el nombre de *Paideia*, después adquiere distintos nombres, conducción espiritual en la Edad Media, enseñanza en la modernidad, *Bildung*, en la Ilustración, formación en la escuela nueva, enseñanza y aprendizaje en la tecnología educativa y acompañamiento en la actualidad. Sin pretender diferenciar cada uno de estas acepciones, que no es nuestro objeto en esta conferencia, ocupémonos de la pedagogía en la actualidad, o sea, del acompañamiento.

Palabras clave: Pedagogía, Formación de docentes, *Paideia*.

Abstract

We must, before that, clarify what we mean by pedagogy and teacher training. Pedagogy is a notion that has a long history. First it appears in Greece, under the name of *Paideia*, later it acquires different names, spiritual driving in the middle ages, modernity, *Bildung*, enlightenment, training in the new school, teaching and learning in educational technology and accompanying education now. Without trying to differentiate each of these uses, it is not our subject, in this lecture, Let's talk about current pedagogy, I mean of accompaniment.

Key words: Education, Training of teachers, *Paideia*.

* Profesor del IEP, Universidad del Valle, Colombia. Miembro del GHPP.

Presentación

Para hacerlo, ubiquemos nuestro tema. La pedagogía, es entendida como acompañamiento, solo en los últimos años o décadas, podríamos decir, que desde la Segunda Guerra Mundial, para poner una fecha de corte, digamos, que desde 1950. En esta década, 50-60 en Europa, se está en la posguerra, en las reacciones a la educación tradicional, católica y protestante, en la consolidación de la Escuela Nueva, y de nuevas teorías sobre la educación, la escuela y la enseñanza. El tema que interesó a todos los Estados, fue la creación y consolidación de los sistemas educativos. Este problema tenía que ver con dos aspectos, la democracia y la revolución científica y técnica.

El sistema educativo era una necesidad de construcción en cada país, para lo cual era urgente pensar en organizar sus elementos y estructura: la escuela, el colegio y la universidad; la instrucción pública y la privada; el papel del Estado, la Iglesia y la Sociedad; la educación técnica, la instrucción de masas, la educación moral y ciudadana. Un sistema tal cual, se puede ver en cualquier Ley Nacional de un país. Por ejemplo, en Colombia son dos leyes las que nos revelan el tipo de sistema que tenemos, la Ley 39 de 1903, llamada Ley Uribe y la Ley 115 de 1994. Durante el siglo XX, se trataba, entonces, de esta construcción, tanto en Colombia, como en Europa o en América. En los años de posguerra, apareció un nuevo problema, distinto a la creación del sistema educativo, el de la revolución científico-

técnica. La preocupación de los Estados era por cómo hacerla ingresar a cada sistema.

Como se estaba en posguerra o guerra fría, el problema era complejo. La decisión era ingresar la ciencia y la técnica al sistema educativo, pero a la vez, reaccionar a la guerra que acababa de pasar. La educación debía de servir para evitar una nueva guerra, para llamar la atención de la guerra, para mostrar lo que puede el hombre, la sociedad y la política cuando se van a la guerra. En parte, la guerra era consecuencia de la irracionalidad humana, de no haber previsto una forma racional de educación y de una educación de control. El tema de estos años era, pues, el del humanismo. Es en este contexto como emerge una concepción de pedagogía anclada a la ciencia, a la técnica y como toma, como referencia al hombre y a la sociedad. Podríamos decir, que este panorama es nuevo respecto de años anteriores, por lo complejo de estos temas y por sus consecuencias posteriores.

El punto central al que quiero llegar es el siguiente. La pedagogía, en estos años, si bien hace parte de la ciencia y las ciencias de la educación, como disciplina o ciencia, su finalidad empieza a cambiar por la introducción de las demandas de la ciencia, la técnica y la nueva sociedad de la información y de las tecnologías. Dos objetos nuevos precisan estos cambios: la profesión y la formación permanente. El término profesión es la clave, tanto para entender lo que se llama pedagogía, como para entender la profesión docente y la formación docente.

Profesión

Antes de hablar de la profesión docente, pensemos en la profesión, que es el término desde donde se deriva la profesión docente. Profesión viene de profesar o decir una creencia. Antes de ello, el término, lo conocemos asociado a profecía, en el sentido de decir lo que va a pasar. Todo ello ocurre en el siglo XVI. Luego el término pasa a profesar una creencia, una fe. Más tarde, a hacer acto o tener la actitud de profesar un prestigio, un carácter social, debido a una condición intelectual o artística. Luego pasó a definir un conjunto de personas que ejercen la misma profesión, como grupo o fuerza social. La palabra profesor, en principio, su origen estaba en conexión con profesar una opinión y luego con profesarla públicamente (siglo XVIII). Uno de los cambios notables fue cuando la palabra asumió el sentido de oficio (en francés *metier*). Profesión, pues, como el hecho de ejercer un oficio. El profesional se deriva del oficio, de dominar un oficio, que luego derivó en el especialista (1842). De allí se extendió a los profesionales (1876). La última acepción, cambió la palabra completamente porque se asoció a las competencias (*Diccionario Robert* (2000). Tomo III, 2958).

Antes de la profesión docente actual, existió la profesión de enseñanza y la profesión maestro. La profesión de enseñanza, de la que habla Vives, en su libro *Las disciplinas* (1531) era una profesión que provenía del arte de enseñar, un arte que no tenía una institución que le diera un lugar específico. Este arte estaba en el dominio,

sabiduría, gusto, saber, retórica y racionalidad que un hombre tenía sobre ciertas disciplinas, como la dialéctica, la gramática y la lógica. Una persona que dominaba una de estas artes, se le reconocía, previo conocimiento, de su saber, que era como reconocerle su educación y cultivo de sí. Él era lo que sabía y demostraba saber. Ese dominio se podía profesar, ante un tribunal, un juez y también ante la opinión pública, mediante escritos o mediante un estilo de vida. La vida pública, esa vida que uno dejaba ver, si quería que fuera pública, mostraba en sus signos, en su forma visual y en sus detalles, lo que era una persona en sus aspectos intelectuales y artísticos y en su vida privada.

Rousseau en 1762, decía, que no quería educar a Emilio para ejercer una disciplina o tener una profesión determinada, sea la de un cura, un juez o un médico. Este argumento contra ellas, lo expresaba Rousseau, reaccionando contra las profesiones, porque estas se habían convertido en un oficio, un trabajo, una labor y se habían desprendido de la profesión, como un profesar, una vocación o un arte. El profesar era algo interior y la profesión era una exterioridad, producto de la banal civilización. Rousseau quería que Emilio solo tuviera como profesión, el hecho de ser hombre, solo el llegar a ser hombre. Cuestión que continuó Kant, que en su libro *Pedagogía*, escribe que una de las cosas más difíciles es llegar a ser hombre. El punto central que unía los dos pensadores, era que el asunto de la educación era educarse como hombre (profesión) y no educarse para un oficio (profesión). En Rous-

seau encontramos en el *Emilio* un texto que se puede leer independiente de la obra, que es *La profesión del Vicario Saboyano*. El texto es un diálogo entre el preceptor y Emilio, en donde el preceptor le explica a Emilio su profesión, es decir, su creencia y su fe. Para los pedagogos clásicos, profesión es profesar la espiritualidad, la vida interior, la creencia interior.

La Salle en 1760 crea un Seminario para educar curas que enseñaran a niños. Había nacido la primera institución, a donde se iba, para aprender algo que se pudiera aplicar en otra cosa. Nacían las Normales, que tuvieron en los Seminarios para curas y las casas de estudios para jóvenes, las primeras instituciones para formar maestros de niños. Los jóvenes que iban a estos lugares, eran para prepararse, adecuarse, transformarse y lograr ser maestros de niños. Para lograrlo y ser maestros de niños, debían aislarse del resto de la gente, ser piadoso, comer, dormir y vivir juntos y someterse a intensos hábitos de abstinencia, castigos, flagelaciones, ascetismo y rezo. Durante un tiempo y una vez superado el encierro y la privación, esos jóvenes estaban aptos para educar niños y efectivamente iban a las escuelas. Los maestros de La Salle, eran curas que educaban niños en escuelas.

La Salle, lo que hacía era producir, crear o fabricar la vocación de educar niños. Vocación viene de la palabra voz, boca y palabra, que unidas, en el Seminario, formaban la unidad semántica leer o lectura, que era como escuchar la voz, escuchar el que lee. Ese que leía era un cura que

leía la *Biblia*, leía la palabra de Dios, que hablaba de voz interior, piedad, oración, amor, sacrificio, silencio y renuncia. La voz leída y repetida, producía al final, la vocación en los jóvenes, como si educar, fuera un llamado que Dios o la Comunidad, le hacían para que siguiera ese oficio (profesión), es decir, esa creencia o fe (profesión).

La docencia

Un cambio notable se produce en el siglo XIX, en la vocación y en la profesión. La profesión deja de ser una creencia o la manifestación de una fe y pasa a ser un oficio o una labor diaria. La profesión se vuelve oficio en la gente común y corriente (trabajo) y en las personas que estudian o se dedican a una actividad intelectual o artística, el oficio se vuelve un oficio notable, virtuoso o sea un oficio liberal, las llamadas profesiones liberales, como la medicina o el derecho (disciplinas). En estos oficios se mantiene la idea de profesión, pero una profesión más allá de un oficio común, es un oficio ritualizado, ceremonioso, como si encerrara algo de la antigua vocación o creencia y esto debido al tipo de personas que a esos oficios se dedicaban, personas de familias ricas y de estratos altos y de alcurnia y que querían estudiar por vocación y amor a la profesión.

Otro cambio importante, en relación a la profesión, fue la creación, en el siglo XIX, de las Facultades de Educación, en las universidades. Estos son ya lugares para aprender a ser profesores. Un profesor es aquel que profesa un saber que ha estudiado, pero este saber ya no es una creencia,

una vocación o una fe interior. Profesa que ha estudiado, recuerda que ha aprendido, da muestras de un conocimiento que le han transmitido. De todos modos profesa, declara públicamente, por medio de un título, un examen general, un ensayo que quiere ser profesor, que quiere profesar. La Facultad, por su parte, es el lugar en donde se aprende a ser profesor, se aprende a profesar públicamente. Pues bien, esa profesión no es una declaración respecto de la vida que se quiere y se quiere llevar en la existencia. Esa declaración es el querer ser profesor de alguien, como en La Salle, solo que ese alguien no son los niños sino los adultos.

Profesor, es pues, aquel sujeto que en un espacio universitario, se educa durante un tiempo, aprende lecciones y estudia y hace una práctica empírica. Presenta exámenes, evaluaciones, escritos, investiga, lee y escribe. Su destino no son los niños, son las personas adultas, la gran masa de personas adultas. A las que tiene que enseñar y educar, instruir y orientar. Adultos previamente asignados: administradores, rectores de colegio o de escuela, docentes sin título, jóvenes que quieren aspirar a tener un trabajo y buscan en la universidad su lugar ideal. Para ser profesores no se necesita, como lo exigía La Salle, volverse un ser espiritual y religioso, por medio del encierro y el ascetismo. Solo basta estudiar, conocer unas materias, saber leer y escribir y presentar un ensayo y una práctica. Todas cuestiones propias del conocimiento consciente y racional, en donde están ausentes las cuestiones morales, éticas o espirituales.

Años más tarde, este profesar como profesor, empezó a cambiar. A los profesores se les llama docentes. La palabra docente, tiene como característica, que ya no tiene ningún vínculo con la profesión, sea con la palabra profesor ni con la profesión como oficio. La palabra docencia se refiere a otra cosa, es completamente distinta, diríamos que, por fin la sociedad había encontrado el modo de desprenderse de la vocación, del profesar, de la creencia o de la fe, es decir, de todo aquello que pueda recordar a espiritualidad, existencia, modo de vida, transformación propia, estética, ética. Desprenderse, en fin, del creer en llegar a ser hombre y educarse para ello.

El hecho contundente es este. Puede existir el profesor, pero el sentido de ser profesor ya no es profesar sino que es el ser docente. La docencia es profesión, en el sentido de oficio, labor y sobre todo trabajo y todo lo que esta palabra expresa, ocupación, desempeño, actividad, desgaste, creación, producción, entre otras cosas. Este cambio semántico había que llevarlo al discurso, a la palabra y al saber, y efectivamente eso se hizo. La docencia es una profesión, la profesión docente, que si bien proviene del oficio o labor, adquiere su sentido del oficio especializado, del oficio como un empleo, una ocupación, un desempeño y una competencia. La profesión docente tiene como lugar o espacio, las disciplinas, que ya no se llamaban así, sino saberes. Estos saberes son la psicología (de la infancia, de la edad adulta), la individualización pedagógica, técnica de grupo, pedagogía institucional, teoría y tecnología de la comunicación, telecomunicación,

informática, Internet, tecnologías intermedias, análisis de sistemas e información.

Habíamos dicho que para ser maestro y profesor se requería de un espacio que pudiera crear la comunidad o el colectivo de personas que diera lugar a la función que se iba a ser. La Normal recordaba el encierro de La Salle, y la Facultad, era todavía un espacio con reglas estrictas de existencia. La profesión docente no requiere de un espacio propio de identidad, Normal o Facultad. El laboratorio de la profesión docente, es la Universidad en su conjunto, aunque ese espacio no es cerrado, encuadrado, con una disciplina estricta, y con fuertes intenciones de cambiar la vida de las personas. Ese espacio es abierto, vacío muchas veces, es un espacio del afuera. Es un espacio situado por fuera de los espacios que hasta ahora habían sido institucionalizados. Este espacio no tiene lugar físico y tampoco lugar de iniciación y transformación del cuerpo y del alma. Es un espacio compuesto por el cruce de conocimientos que provienen de muchas partes: de los medios de comunicación, del trabajo, de la universidad, del mercado, de las profesiones, de políticas mundiales, entre otros.

Estas transformaciones han llegado a un punto final, el docente no se le reconoce como una persona o un individuo, tampoco es un grupo humano. Si lo fuera, eso recordaría la creencia interior o la vocación. Docente es una profesión de trabajo. Ahora bien, este trabajo es mental, no es una labor física. Existe el trabajo físico, pero este trabajo no es el que está en la base de la

función de un docente. Este es un trabajo intelectual, en el sentido de inteligente, mental, de una actividad cognoscitiva, o sea, de conocimiento. A este tipo de trabajo se llama competencia. La competencia es una acción, una habilidad, pero sobre todo, es una profesión, la profesión de trabajar mentalmente.

El trabajo mental, separado del trabajo físico y del trabajo como desgaste del cuerpo nunca se había dado. Un trabajador era un ser que se transformaba quiéralo o no, al efectuar el trabajo. Tanto que Marx decía que lo embrutecía o lo hacía lúcido. Trabajar era un enigma, una aventura, mediada por la creación o la destrucción. Como el amor, hacer el amor es un riesgo, no se sabe qué puede pasar. Para evitarlo, para controlar eso que puede pasar, se inventó la sexualidad. La sexualidad es un discurso que funciona para amar con control, con seguridad, protección y eficacia. Algo parecido pasó con el trabajo. Se inventó un discurso para evitar todo tipo de riesgos, sobre todo de transformación y así trabajar con control. Este trabajo pensado de esta forma, se llamó trabajo profesional, la función de este trabajo es ser profesional y la actividad, profesionalización.

La docencia es una profesión en este sentido, como oficio o trabajo mental. El discurso que habla de este trabajo mental es un discurso compuesto de muchos “conocimientos” que tiene como característica, el construir el hecho mental. Cada uno de estos conocimientos construye su parte: el sujeto mental, lo construye la psicología

cognitiva; el grupo, la comunidad, las relaciones interpersonales, de ello da cuenta, la comunicación, los sistemas y la antropología genética; la palabra, la voz, el sentido, los signos y la gramática, los construye la lingüística, la psicología de la mente, la comunicación y la informática; la inteligencia, la mente y la creación, las construyen los sistemas, la cibernética, las Ciencias de la Comunicación y la Biología.

Preguntémosnos ¿A qué se dedica un docente? ¿Cuál es la función docente? No puede ser criar, tampoco conducir, menos educar para llegar a ser hombre. El docente tiene como función simplemente acompañar, ser un animador, un regulador, una ayuda. La palabra que se inventaron para esa función, es la gestión. El docente gestiona, ese es su trabajo mental, gestionar. La operación, por increíble que parezca, no es una función inteligente, la inteligencia está en el trabajo mental (máquinas, procesos, sistemas, redes) no en los sujetos. Los sujetos, son representados, como una vez lo hizo el behaviorismo o conductismo, sin mente. El gestor no puede pensar, reflexionar o siquiera comprender. El gestor recupera un viejo papel de la antigüedad, cuando el pedagogo era un esclavo que acompañaba al niño a diferentes cosas, a hacer su vida diaria. Bien, el gestor hace eso, acompaña, dicho rápidamente, trabaja físicamente. Es el único en esta sociedad que trabaja físicamente, que se desgasta, que sufre, que tiene humanidad, pero cosa curiosa no tiene una profesión, no está anclado a una profesión, su función es virtual y real. Virtual porque es un simulacro y real, porque es una fuerza física.

Existen docentes en la universidad que no son gestores, sino profesores, que quieren ser profesores y mantienen la idea y la convicción de ser profesores, de profesar algo. ¿Qué es posible de profesar? El saber de una disciplina, el pensar, el investigar, el ser un intelectual. Profesar que se tiene una vida dedicada a la investigación y a la reflexión. Profesor que escribe, que lee y que duda. Pues bien, esos profesores cada vez son vistos como poco profesionales, no son trabajadores modernos, no les ha llegado la modernidad, la tecnología. Se les reclama que sean poco profesionales, que deberían dedicarse a algo concreto, real, a una eficacia, a algo productivo, a la gestión. Estos profesores pareciera que vivieran en el pasado, cuando el presente los reclama, les dicen, nos dicen.

El papel de la pedagogía

La pedagogía tal y como se ha construido históricamente, se ha quedado sin un papel que cumplir en la actualidad, referida a la formación docente. La pedagogía que hoy se llama gestión, ya lo hemos dicho, es acompañar, animar, regular las cosas. Esa pedagogía o gestión, no nació en la Universidad, en la Facultad de Educación o en las Normales, esa pedagogía como gestión, nació en la Empresa, su discurso es administrativo. Para que se entienda, el pedagogo de otras épocas, cuya función era explicar, pensar, investigar, saber lo que iba a pasar, ya no tiene estas funciones, su función es administrar. No administrar cosas físicas o cosas corrientes, administra según ciertos discursos que son los que fundaron la actual administración: los siste-

mas, la planeación, la gestión de empresas y la informática.

Cualquier profesional en estas profesiones y mediante estos discursos es un gestor, es un experto en gestión, es el profesional de la gestión. Ahora bien, los que hacen gestión, los que llevan a cabo la gestión, pueden no saber el discurso, no ser expertos, pero su función es de gestión, acompañan, ayudan. ¿A quién? El gestor sobre todo quiere ayudar a las cosas que no funcionan, a las cosas y personas que están por fuera de lo normal, de la frontera de lo aceptado y regular. Ellos han de dedicarse a lo raro, extraño, a los problemas, a lo que se sale de lo normal y del sistema. Un libro del año de 1970 lo había ya anunciado: el gestor se dirige a las “capas de la educación comúnmente excluidas de los circuitos educativos... categorías especiales de adultos, trabajadores que buscan cualificarse, técnicos venidos de profesiones”... una población producto de las mutaciones de la política, de la tecnología, de las crisis, de los desastres naturales, de transformaciones sociales...” (Faure, *Aprender a ser*, 211).

¿Qué hace el gestor? Solucionar los problemas, las dificultades, las diferencias, lo que obstaculiza, lo que no hace marchar las cosas, todo aquello que impide, que se resista, que se excluya. Si eso hace el docente en la actualidad, esta función nunca era conocida, ya que su función era la de enseñar, culturizar, educar, instruir, civilizar y ahora vemos que su función va más allá de la educación. El gestor, como el administra-

dor, el sistematizador y planificador, se convirtieron en profesionales, este es el saber que está en la base del trabajo mental. Toda la preocupación de las universidades está en cómo formar este nuevo equipo, esta nueva figura, este nuevo saber y estos nuevos hábitos y este sujeto que lo que sabe es gestionar el trabajo mental de toda la universidad y de cada uno en particular.

Ante esta situación de la docencia y el sentido que ha tomado en las universidades, la pedagogía histórica perdió todo su sentido, lo mismo que el pedagogo. Mi posición es plantear una pedagogía, que sin olvidar el presente, se ocupe de cuestiones que aparentemente son del pasado. Pienso que hay que volver a entender la profesión como creencia, es decir, a la profesión del profesar que había fundado el profesor. Esta perspectiva le da a lo público todo su sentido de declaración o manifestación de lo que se ve como problema. Aquí nos encontramos con el gestor, que también ve problemas. El gestor los ayuda a resolver, se convierte en psicólogo, sociólogo y antropólogo de las soluciones y dificultades de la gente, en el lugar que ocupan, si en la universidad, si en la Facultad, si en la ciudad. El gestor ante el problema, se lo soluciona a la gente, sustituye a la gente, la representa, la reemplaza. Lo que la gente ve, el gestor también lo ve y reemplaza la visión de la gente por la de él. Hace entrar la creencia de la gente en su ya no creencia, sino en su gestión y profesión mental. La solución siempre va a ser administrativa. Lo que se nos impone cada día es este tipo de solución a los problemas. Como si los problemas se resolvie-

ran por la gestión y la administración y no por la creencia. El gestor dice: hay un problema, la solución es modificar algo de la real o de la realidad. El pedagogo dice: hay un problema y se pregunta ¿qué cree la gente? y obra por lo que cree la gente. El gestor obra por vía administrativa, nunca cree en la gente, nunca cree.

El pedagogo ve los problemas, no como gestor sino como creyente, cree que ese es un problema, cree que ese problema es definitivo. En ese sentido diagnostica el problema, lo rodea de su creencia, de su saber y de su sensibilidad. No hace más, lo deja como problema, lo descubre, lo limpia de la oscuridad y lo deja abierto, planteado. Se niega a resolverlo y a solucionarlo. No quiere suplantar a nadie, ni a evitar lo que cada uno puede hacer, por cuenta propia. El pedagogo sabe que amar es un riesgo, lo cree, lo dice, lo expresa públicamente, pero no dice que hay que controlarse, que hay que someterse a un discurso institucional para soportar el peligro. Deja que cada cual decida qué hacer. El gestor impide la decisión y nos la ofrece, la hace, la impone, dice que esa es la solución, porque es así. He ahí el dilema: ¿autoridad o creencia?

Bibliografía

- FAURE, E. (1978). *Aprender a ser*. Madrid: Alianza Universidad/UNESCO.
- KANT, I. (2000). *Pedagogía*. Madrid: Akal.
- LA SALLE (2001). "Reglas comunes de los Hermanos de las escuelas cristianas". En: *Obras completas*. Madrid: Ediciones San Pío X.
- LE ROBERT (2000). *Diccionario histórico de la lengua francesa*. Tomo III. París.
- QUICENO, H. (2006). *El maestro: del oficio a la profesión. Miradas críticas*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Revista de Educación y pedagogía. *Separata* (2006). Medellín: Universidad de Antioquia.
- ROUSSEAU, J. J. (2000). *Emilio*. Madrid: Alianza Editorial.
- SERRA, J. C. (2004). *El campo de la capacitación docente*. Buenos Aires: Flacso.
- VIVES, J. L. (1948). "De las disciplinas" En: *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- WEBER, M. (2004). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: FCE.